



Vistiendo á la desposada.

III

La luna, presa entre el celaje, asomaba tímidamente un segundo su faz de muerta, y alumbraba la polvorienta carretera que, como una serpiente, parecía enroscarse á la montaña.

Maricruz seguía en tal noche este camino al frente de su carreta, en la cual iba sentado un militar que traía puesto un traje de rayadillo y el brazo derecho descansando sobre el doblez de un pañuelo de seda que le cruzaba el pecho.

—Y diga usted, militar—decíale la moza corriéndose á uno de los costados del vehículo—, ¿ha conocido usted allá en la guerra á un tal Pelegrín Crespo, que también era de la montaña?

—Ya lo creo que sí... ¿Es hermano de usted, acaso?

No, señor; es mi novio—suspiró Maricruz. —Pus sí, le conozco mucho... ¡Las veces que hemos hablado de la tierra!... ¡Y sobre todo de usted!... «Mira, chico, me decía, en cuanto se acabe este maldito asunto, ya estoy camino de mi pueblo y me caso con aquella probe (eso lo decía por usted) que me está esperando como el Santo Advenimiento...»

—Pues mire usted lo que son las cosas: ¡yo creía que Pelegrín ya no se acordaba para nada del santo de mi nombre!

—¿Y por qué?

—Porque se marchó sin despedirse de mí, ni decir á nadie adonde iba... Supimos que estaba en Cuba porque así lo dijo el muchacho por el que se había vendido Pelegrín... Y desde entonces, hará dos años por Nochebuena, no ha sido ni para escribirme dos letras.

—¿Y para qué había de escribirla á usted?... ¡Para contarle una porción de lástimas y de penas, mejor era callarse!

—Eso no es cuenta!... ¡Las lágrimas que yo he llorado!... Porque no sé si se lo habrá dicho él á usted; pero él se fué á la guerra por nosotros, por salvarnos de la miseria... ¡Pobre de mi alma!... Siempre le estoy pidiendo á la Virgen que vuelva sano y salvo á mi lado... Pero la Virgen no quiere que sea yo tan dichosa en el mundo...

Dijo esto Maricruz sorbiéndose las lágrimas.

El militar protestó:

—¿Y qué sabe usted si la Virgen no habrá hecho ya que á estas horas se encuentre en España su novio?

—No, no!... ¡Ya estaría aquí, á mi lado!...

¿O cree usted que Pelegrín me ha olvidado?...

—Eso no!—afirmó vivamente el militar.

—Ni yo tampoco, porque cada día que pasa es mayor el cariño que le tengo... ¡Si viera usted qué alegría tuve antes cuando allá á lo lejos le vi á usted sentado en el puente!... ¡Si fuera ese mi Pelegrín!—me dije...—Pero no... usted no era él!... ¡Cuando llegué con el carro y usted me pidió le dejara subir, vi que me había equivocado, que todo era una aprensión mía.

Seguía á esta espontánea charla de Maricruz

un corto intervalo de silencio, que rompió el militar:

—¿Quiéreme usted hacerme un favor antes de llegar al pueblo?...

—Diga usted.

—Quisiera que me colgara usted al pecho una cruz que gané en un día horroroso, en el cual quedé manco y medio muerto.

—¡Ya lo creo que sí!

La muchacha hizo parar á los bueyes y acercóse donde el militar, el cual le entregó una cruz.

—¡Qué bonita es!—exclamó la joven mirando á la luz de la luna la insignia.—¿Qué cruz es esta?

—La laureada de San Fernando—indicó con gran sencillez el héroe.

Después que Maricruz clavó la insignia al pecho del soldado, éste, atrayendo por el talle bruscamente á su interlocutora, la preguntó con ansia amorosa:

—¿Pero de veras no me conoces?

La joven, atónita, sorprendida, fijó sus ojos en los del militar y exclamó con voz de alegría, de entusiasmo loco:

—¡Mi Pelegrín!...

Y tendiéndole los brazos, rodeó su cuello y depositó en su boca todo su amor en un beso infinitamente apasionado.

.....
Allá á lo lejos brillan las luces de la aldea... Hacia ésta se dirige la carreta, llevando en amoroso coloquio á los felicitados novios... Las ruedas chirrían, llenando el espacio de notas agudas... ¡En tal noche el canto de la carreta es un himno al heroísmo y al amor!...

Alejandro Larrubiera.

AMOR Y ODIO

Á mi queridísima amiga Rafaela de Isasa.

«¿Verdad que me amarás constantemente?»
Murmuraron los dos.

Y después de mirarse tristemente,
se dijeron: «¡Dios!»

El partió hacia otro polo acongojado;
y ella, constante y fiel,
tenía su cerebro perturbado
de pensar tanto en él.

Y él, ingrato, faltando á un juramento,
á la niña olvidó;
y la niña, de angustia y sentimiento,
cual flor se marchitó.

Y él, al saber la nueva inesperada,
objetó sin gemir:
«Búscaré á otra mujer. La malograda
en paz puede dormir.»

¿Ves, Rafaela, ves? Sigue el ejemplo:
No mueras por amar;
y aprende que es placer mayor que un templo
el saber olvidar.

Pepita Vidal.

II

Al uncir los bueyes á la carreta, Maricruz no pudo contener por más tiempo el llanto que pugnaba por asomar á sus entristecidos ojos.

Acarició la testuz de los animales, como si con esto quisiera despedirse de ellos, y murmuró sollozando:

—¡Maldito dinero!... ¡Ese Pasiego no tiene entrañas!... Ni porque mi padre le jurara pagarle too á principios de invierno, ni porque yo le suplicara de rodillas que no nos embarcara lo único que teníamos, ha hecho caso... ¡Que Dios no nos abandone!...

Y como si con esto cobrara ánimos, Maricruz cogió de encima del carro la aguijada y, con ella tendida hacia los bueyes hasta tocar la vara en el yugo, voceó:

—¡Manchao!... ¡Palomo!... ¡Aouh!... ¡Op!... ¡Op!...

Arrancaron los bueyes, y la carreta rodó quejumbrosa por los pedruscos de la calleja, en tal momento bañada por los primeros rayos de un sol triston de invierno.

.....
Había acabado la subasta y salieron de la Casa Ayuntamiento ti Quicón el de la Calera, Juan Portilla, Pedro Revuelta, Luco el de Granda y D. Pablito el Indiano, amén de otros notables de Villabón, que habían acudido al acto como licitadores.

Salían todos cariacontecidos y comentando el resultado de la subasta, porque lo que menos se esperaban era que la carreta con sus bueyes fuese adjudicada á Pelegrín, el novio de Maricruz, porque si pobretucos había en la aldea, este era acaso el mayor.

Al anunciar el Voz pública la tasación, el primero que ofreció la tasa fué Pelegrín. Aquello motivó sonrisitas poco misericordiosas por parte del concurso, y no faltó entre éste quien murmurase en voz bastante recia para ser oída en toda la Sala:

—¡Miren con lo que sale ahora el que no tiene ni para comprarse unas albarcas! Entre los indianetes y el mozo entablóse el pugilato, y siempre Pelegrín gritaba sobre la última puja:

—¡Cinco pesetas más!...

Esto causaba la desesperación de los otros licitadores, los cuales, más por tesonudo amor propio que por adquirir la carreta, hicieron subir la tasación hasta un punto tan alto, que nadie se aventuró á continuar.

—¿No hay quién dé más?—repitió por tres veces el Voz pública; y en vista del silencio que á su pregunta seguía en la sala, exclamó:

—¡Queda adjudicada la tasa al mejor postor, Pelegrín Crespo!...

El aludido se acercó á la mesa, sacó del bolsillo del pantalón un puñado de monedas de oro, hizo el pago y firmó el acta.

—¡Abajo el alguacil le hará la entrega!—le indicó el Voz pública.

—¡Bueno!—murmuró Pelegrín, cruzando la sala entre los murmullos y comentarios que sostenían los concurrentes.

Bajó á la calle, y en el cobertizo que había á la entrada de la Casa Ayuntamiento estaba la carreta de bueyes rodeada de varias personas, entre las cuales veíase á Melchor Casona y á su hija, y un viejo alto, seco, avellanado, sin asomo de pelo alguno en la cabeza y cara, y sin asomo de dientes en la boca: aquél era el Pasiego, embutido, como siempre, en una anguarina que contaría lo menos dos tercios de la vida de su sexagenario poseedor.

—¿Se arremató eso, Pelegrín?—preguntó con visible ansiedad el Pasiego.

—¡Por mi alma que sí!... ¡Y á fuerza de onzas!... ¡Doble que la tasa!

Respiró el usurero y volvió á preguntar riéndose:

—¿Y quién es el que se lleva estas alhajas? (y señaló á los bueyes).

—¡Quien puede!—contestó socarronamente el joven.

Y volviéndose al alguacil del Ayuntamiento, que iba detrás de él, le dijo:

—¡Dame la aguijada, Cosme!

Diósele el aludido, y Pelegrín, sin decir palabra á Maricruz ni á su padre, azuzó los bueyes y salió fuera del cobertizo al frente de la carreta.

No hubo ninguno de los asistentes que no se hiciera cruces de lo que acababa de ver, porque nadie podía sospecharse que el que nunca acababa de reunir dos onzas para tomar á Maricruz por esposa, pudiese dar ocho al contado por una carreta y unos bueyes que bien pagados no valían arriba de cinco.

.....
Mustios y abatidos regresaron Melchor y Maricruz á su casa.

—¿Qué te parece tu novio, hija?—preguntábale por el camino el de Casona.

—¡No sé qué decir, padre!... ¡Aún estoy admirado de lo que ha hecho!...

—Y es pa estarlo, mujer; ni siquiera nos ha dao los buenos días.

—¡No creía yo eso en Pelegrín!—suspiró la joven llevándose el reverso de la manga á los ojos.

—¡Se conoce que como ya es ricol!—indicó el padre con irónica amargura.

Habían llegado al frente de su casa, y no pudieron reprimir ambos un grito de asombro al ver parada delante del portal suyo la carreta y á Pelegrín muy afanoso desunciendo los bueyes.

—¡Ya tienen ustedes otra vez lo suyo!—gritó alegremente el mozo.

Y acercándose á Maricruz la dijo con misteriosa entonación:

—¿No te decía yo la otra noche que había de ir á la subasta?...

—Pero, ¿y cómo has podido pagar esto?...

—¡Tomal!... ¡Con mi dinero!

—¡Pero si tú nunca has tenido un cuarto!—advirtió con recelo el de Casona.

—Nunca lo he tenido, es verdad; pero para devolverles á ustedes esto que es suyo, Dios no me ha faltado.

Y encarándose con su novia, continuó con frase en que vibraba una gran sinceridad:

—¡Ha sido un dinero bien ganado y del que nadie tiene por qué avergonzarse!

—Pero, ¿cómo has podido ganar tanto en tan poco tiempo?...

—¡Pchs! ¡Ya lo sabrás algún día... cuando seas mi mujer... ahora no; pero que lo he ganado honradamente! ¡Te lo juro por la salvación de mi madre!

.....
Al otro día de la subasta, una hora después de amanecer, encontrábase Pelegrín parado delante de la casa de su novia; el mozo llevaba á la mano un hatillo de ropa... Miró á las cerradas ventanas y movió la cabeza como si experimentase una contrariedad.

—¿La llamo?—se preguntó indeciso.

Al cabo de un momento de duda, el joven continuó su camino calleja arriba, volviendo á cada paso la cabeza hacia la casa de Maricruz, y murmurando:

—¡Mejor es que la pobretuca no me vea!... ¡Sería darla un gran disgusto!...

ARTISTAS DE ÓPERA



Dolores D...